

seres tan débiles y colocados en condiciones tan desfavorables como los infusorios, los pólipos y los gusanos, mayormente cuando el sabio inglés pone á disposición de la naturaleza millones de años para dar á su obra cumplido remate? ¿Por qué después de haberse transformado la especie simia en especie humana, existe todavía el mono? ¿Por qué ya no se obra jamás esta transformación, ni se advierte el menor indicio de ella?

Naturalistas de primer orden ponen de manifiesto los graves defectos de método que se advierten en este sistema. Quatrefage, después de rendir un homenaje de sincera admiración al saber, al talento é ingenio de Darwin, se produce en estos términos: “Tropezaba con demasiada frecuencia con la hipótesis al lado del hecho, con lo posible en lugar de lo real. La contradicción entre la teoría y los resultados de la observación se mezclaba también muchas veces á las coincidencias que acabo de señalar. El conjunto de los resultados adquiridos me ha llevado, ha ya mucho tiempo, á admitir la variación de las especies en términos ó límites muy

“amplios: igual razón me ha impedido constantemente admitir la transmutación de las mismas.” Ruchet, siguiendo el sentir de otros sabios, asegura “que esta doctrina se adapta á los hechos, de una manera mediana. De aquí que sea rechazada por los hombres más instruidos en la ciencia: por Owen, con respecto á los mamíferos; por Agassiz, con respecto á los peces; por Deshayes, con respecto á los moluscos.” Finalmente, el mismo Strauss confiesa “que esta teoría, muy incompleta, deja sin explicar un número infinito de puntos, que de ninguna manera han de considerarse secundarios.”

El bosquejo del estado actual de la ciencia que con torpe mano acabo de trazar, deficiente é imperfecto como es, me permitirá inferir, mediante breve resumen de cuanto llevo dicho, qué ministerio toca desempeñar á las academias científicas.

Hemos visto, señores, como el intento nobilísimo de unificar las ciencias ha llegado á establecer entre ellas tales afinidades, que muy bien pudieran considerarse como capítulos de un mismo libro: del gran libro de la Naturaleza. A medida que el

orden real de las cosas es mejor conocido, el orden ideal de nuestros conocimientos participa cada vez más de la unidad que resplandece en el Universo, el cual á su vez es maravillosa expresión del pensamiento divino, de forma que los sistemas científicos, cuando se ajustan á la verdad, no son otra cosa, según la profunda y feliz observación de Agassiz, que la traducción en lengua humana de los pensamientos del Creador.

Pero algunos sabios y algunas escuelas han extremado la tendencia á unificar lo múltiple y á identificar lo diverso, y para lograrlo han confundido órdenes de ideas, de cosas y de fenómenos algunas veces diversos y otras opuestos, y no han temido violar las leyes del método experimental, ó han hecho extensiva su aplicación á ciencias que reclaman otros métodos y otros medios de conocimiento.

La ciencia experimental enamorada de la verdad y deseosa de poseerla en toda su plenitud, ha juzgado estrechos los límites del mundo hasta ahora conocidos; de aquí que algunos de sus más conspicuos representantes hayan querido traspasar las fron-

teras del tiempo y del espacio, declarando que la materia es inmensa y eterna su fuerza.

Mal avenidos con las uniformidades, hasta ahora ciertamente conocidas, han establecido leyes más universales y más comprensivas, oponiendo á hechos meras posibilidades, de suerte que algunas veces la hipótesis en sus manos, lejos de ser instrumento de investigación, lejos de ser la primera pregunta que el sabio dirige á la naturaleza, ha sido considerada como la última palabra de la ciencia.

Los sabios que deseosos de multiplicar sus fuerzas intelectuales, se congregan en academias para ensanchar los dominios de la Verdad, llevarán á término alta y meritoria empresa, si por una parte moderan tendencias y aspiraciones irrealizables, y por otra se muestran celosos observantes de las leyes del método; si saben dar á la inducción lo que es de la inducción y á la deducción lo que á ella corresponde; si reconocen que no son los sentidos ni la única ni la principal fuente de conocimiento, sino que además de ellos y sobre ellos, están la intuición y la razón.

En el siglo XVII la Academia del Ci-

mento ó de la Prueba, creada por Leopoldo de Médicis, y la de los Linceos, presidida por Galileo, perfeccionaron, propagaron y acreditaron de bueno el método experimental y con ello dieron poderoso impulso á las ciencias físicas, entonces nacientes; que la Academia Mejicana de Ciencias, correspondiente de la Real de Madrid, siga tan gloriosas huellas y contribuya á perpetuar el reinado de la Lógica por el cultivo de las ciencias y el imperio de éstas, por la observancia rigurosa del método.



DISCURSO

Sobre la enseñanza de Humanidades y especialmente de la lengua latina,
dedicado al señor académico, Lic. D. Joaquín Baranda.